

UN NUEVO GOBIERNO

Ya no resulta tan fácil empezar un nuevo gobierno ni pronunciar novedosos discursos de toma de posesión. Hace seis inicios de período la novedad era el gobierno mismo y el espectáculo de ver a un ciudadano elegido por votación asumir la Presidencia de la República. A medida que ha ido pasando el tiempo democrático ese espectáculo se hace habitual y van resultando bastante conocidas las caras, las palabras, los golpes de pecho y los propósitos de gobierno. Carlos Andrés Pérez inició su gobierno en tiempo de nuevos ingresos petroleros y junto con la Gran Venezuela anunció su propósito de "administrar la abundancia con criterios de escasez". Los resultados electorales que dieron el triunfo a Luis Herrera Campíns fueron interpretados como el mayor indicador del descontento de los venezolanos ante el camino emprendido por el país durante el gobierno de Pérez. El discurso inaugural de Luis Herrera subrayó que recibía un "país hipotecado" y la necesidad de reorientar el rumbo y la velocidad de navegación del país. Los resultados electorales vuelven a ser leídos como inmensa insatisfacción.

Jaime Lusinchi inicia su gobierno con la novedad de haber sobrepasado ampliamente la mitad de la votación. Su mensaje de toma de posesión y la constitución del nuevo equipo de gobierno manifiestan dramáticamente la dificultad de las novedades en la vida política de la Venezuela actual.

UN NUEVO PAIS

Gran parte de la actual dirigencia democrática empieza a descubrir que la Venezuela de hoy es radicalmente distinta de la que escuchó el mensaje de toma de posesión de Rómulo Betancourt en 1959. Distinta no sólo porque ha vivido en un régimen democrático, sino también porque sus expectativas vitales y conocimiento de la situación nacional e internacional son mucho mayores. De allí que el nuevo Presidente tenga que reconocer sobriamente la realidad del país, el deterioro en la calidad de la vida de la población, las secuelas de la mentalidad rentista que la fácil riqueza petrolera ha dejado en los hábitos de gobernantes y gobernados, los amarres para el futuro inmediato que significa el haber recurrido tan generosamente al endeudamiento interno y externo para dar brincos cuando había que caminar...

El nuevo país que hay que interpretar no es el que aún no ha despertado del sueño petrolero y ha existido a base de usufructuar la renta de un Estado dispendioso con los suyos. Más bien se trata de iniciar un nuevo país post-petrolero en el que los niveles de vida —especialmente los altos— sean proporcionados a la capacidad productiva de los que dedican su vida al trabajo. Los "años de penitencia" anunciados por el Presidente Lusinchi deben comenzar afectando a quienes decidieron y disfrutaron lo que hoy se debe corregir.

La tarea de iniciar un nuevo país no es nada fácil desde el Estado nacido bajo la desbordada época petrolera, para una dirigencia política acostumbrada a capear temporales también petroleramente, para un empresariado filialmente ligado a ambos ni para una población que también ha introyectado actitudes y mentalidad rentista.

UN VIEJO ESTADO

Quizá el principal producto de la Venezuela petrolera ha sido el mastodonte estatal que poseemos. Un Estado que tiene que ver con todo, del que dependemos todos, que está en todas partes y para muchos es omnipotente. Un Estado que, como dijo el Presidente en su Mensaje, anda sin control y que es necesario reformarlo, democratizarlo, someterlo.

La necesidad de reformar el Estado es una proposición que consigue fácil consenso entre los grupos de poder. En fin de cuentas cada uno espera que la tal reforma asegurará mejor sus propios intereses en el reparto de beneficios que hará el Estado-por-ellos-mismos-reformado. Democratizar y someter al Estado ya son palabras mayores. El discurso presidencial apenas enunció los términos sin aclarar su significado ni cómo realizar tamañas intenciones.

Democratizar y someter al Estado venezolano en serio no es otra cosa que cambiar la estructura del sistema político democrático venezolano. Democratizar significa ponerlo en manos del pueblo, o sea, inventar mecanismos por los que el pueblo organizado pueda trazar la política del Estado e incluso gestionar sus labores. Someterlo significa ponerlo a las órdenes del pueblo, no por encima, ni siquiera como protector o padre sino al servicio de los venezolanos.

Democratizar y someter al Estado no se logra a través de Comisiones de Reforma del Estado ni por cambios en la legislación, por muy aparatosos que éstos sean. Se logra fortaleciendo el tejido social, promoviendo la maduración autónoma de la sociedad venezolana en sus más diversos aspectos.

UN MONARCA PRESIDENTE Y UNA VIEJA DIRIGENCIA

Ese viejo e indomado Estado ha sido gestionado por una vieja dirigencia partidista, en alianza con

otros sectores de la sociedad, y guiada por una cabeza que aunque se llama Presidente, funciona como un Monarca. Esta característica ha sido especialmente subrayada, aunque con estilos muy diversos, por los dos últimos ocupantes de la real silla de Miraflores.

En esa dirección apuntó el mensaje del Presidente Lusinchi cuando se propuso un ejercicio "moderado" de la Presidencia de la República, decir la verdad a la nación en todo momento, democratizar la función del jefe del gobierno, conquistar para la jefatura del Estado la fijación de la alta política y el rumbo de la nación, lograr desde ella la coherencia de la acción del Estado (no sólo, aunque sea bastante, la del gobierno), no dejarse encerrar por sus colaboradores más cercanos, la capacidad de escuchar la crítica y la difícil virtud de reconocer los errores y rectificar en el camino.

El diagnóstico de los males presidenciales parece acertado. La solución no puede quedar en la buena voluntad e intenciones del nuevo ocupante del cargo, ni podemos confiarnos en que el carácter humilde y bonachón del Jaime Lusinchi parlamentario o del cercano candidato presidencial. La concepción misma de la Presidencia impone esas actitudes. La demostración la hemos vivido desde el momento mismo del triunfo electoral y en los actos de la transmisión de mando: todo gira alrededor del Presidente-electo.

Es necesario, entonces, plantear el problema más radicalmente pues no es sólo una cuestión de estilo. Si el Presidente se va a ocupar del conjunto de la problemática nacional, de las relaciones internacionales y de fijar una política compleja que mantenga la coherencia de la acción de todo el Estado, alguien debe ocuparse de los otros niveles de decisión actualmente acumulados en las manos del Presidente. Quizá los Ministros en su área respectiva deban tener mayor autonomía, e igualmente los otros niveles del complejo y extenso aparato estatal... De la forma que sea, el Presidente no puede ser la instancia de todas las decisiones del Estado. Hay que jerarquizarlas y responsabilizar a cada área, instancia y nivel de sus propias decisiones dentro del marco general fijado desde la jefatura del Estado.

Además de los cambios institucionales necesarios para lograr una nueva función presidencial, es imprescindible una transformación en la mente y en la conducta de gobernantes y gobernados. La posibilidad de transformar el papel del actual Monarca-Presidente corre paralela al fortalecimiento de la autonomía de la gestión social por parte de los mismos ciudadanos. En otras palabras, cambiar al viejo Estado y su cabeza sólo es posible si se hace adulta la población venezolana y toma en sus manos las riendas de las decisiones cotidianas de la vida ciudadana, poniendo al Estado y su jefe en su sitio.

Esto también depende de la capacidad que tengamos los venezolanos de cambiar el papel de los partidos políticos y de su veterana dirigencia en la toma de decisiones. Mientras nos contentemos con escoger a través de las elecciones al partido que será el mediador de todas las decisiones del Estado y la vida partidista se reduzca a la voluntad de las direcciones nacionales y sus alianzas más o menos permanentes con los otros partidos, empresarios, asociaciones gremiales... se quedarán en letra muerta los propósitos de democratización y sometimiento del Estado y reforma de la función presidencial.

¿Y EL NUEVO PACTO?

Tampoco el mensaje del nuevo Presidente aclaró en qué consiste el ofrecido pacto social como herramienta fundamental para avanzar hacia la deseada democracia social, mejora cualitativa de esta democracia política. Se limitó a mencionar un compromiso entre trabajadores y empresarios y de éstos con el gobierno, anunciando simultáneamente como prioridades la salud y la nutrición del pueblo junto con una educación que sea más educación y la cultura.

Así enunciado puede ser cualquier cosa. No se especifica de qué trabajadores se habla ni de qué organizaciones representarán ese sector. Tampoco se sabe a qué empresarios se refiere: a todos (pequeños, medianos y grandes); a los agrupados en FEDECAMARAS, a algunos de ellos o a los poderosos "grupos económicos" tan presentes y tan ausentes de la vida pública nacional. No queda claro tampoco qué papel jugarán en ese nuevo pacto los otros sectores sociales que no son ni trabajadores ni empresarios y las organizaciones que se ocupan de otras áreas de la vida colectiva.

Políticamente queda también indefinido el pacto social. ¿Cuál va a ser el rol de COPEI y de los partidos de izquierda en esa relación? ¿Puede considerarse el gabinete nombrado como una muestra de la dimensión política de ese pacto social?

En fin, más allá de la intuición de que estamos en un nuevo país, que el Estado y la función presidencial no responden a esa novedad y que un pacto social sería la vía para transformar las estructuras de la vida política para adecuarlas a ese nuevo país, no hay mucha más claridad después de la toma de posesión del nuevo gobierno. Lo que sí es claro es que son las viejas caras, la vieja dirigencia partidista, los viejos intereses empresariales (algo renovados a su favor) los que van a ocupar y dirigir la vieja estructura estatal y la vieja silla presidencial. Más que la novedad en el discurso presidencial necesitamos signos de novedad en la mentalidad y en la práctica política que hagan patente que las intuiciones cobran pies y manos para poder empezar a realizarse.